

TRASQUILA

NO JALEN QUE DESCBIJAN

Héctor Castillo Juárez

Para algunos de los intelectuales hijos de prominentes personajes del viejo PRI y que ahora ocupan algunos de los pocos espacios críticos que existen en la televisión mexicana, el avance democrático del nuevo escenario político que vivimos surgió en los últimos sexenios, parcialmente como una concesión del PRI y del gobierno, producto de su visión democrática, y sólo en parte como secuela de la presión ejercida por décadas por la sociedad organizada. Por ello es frecuente verles molestos y agraviados cuando se exagera y se compara al régimen de 71 años que vivimos los mexicanos de ayer y hoy, con el de dictaduras brutales como la de Pinochet en Chile.

Recientemente en la televisión que otrora fue sustento del viejo régimen y en la que Azcárraga Milmo mismo se autonombró como soldado del PRI, hemos podido presenciar, en algunos de los nuevos programas de análisis político y en otros de los que surgieron el sexenio pasado, interesantes entrevistas donde algunos de los personajes más importantes del viejo régimen han externado sus puntos de vista alrededor del cambio político que el país vive.

Coincidentes con los intelectuales mencionados, desde la óptica de los funcionarios que han ocupado y que ocupan importantes posiciones en el PRI o en los gobiernos del PRI, este instituto político no incurrió como tal en la corrupción, la represión y el saqueo de la nación. Opinan que quienes desafortunadamente y deleznablemente actuaron de esa manera fueron sólo algunos de sus malos funcionarios pero no el partido. Y argumentan que estos malos militantes acabaron por dañar la imagen del partido.

¿Alguien recuerda a alguno de estos funcionarios entrevistados, o a aquellos que ocuparon puestos importantes en los gobiernos del PRI de antaño haber levantado la voz para denunciar a esos malos pristas? ¿Alguien recuerda alguna vez haber escuchado a los padres de estos intelectuales o a ellos mismos pronunciarse denunciando a aquellos que mancharon con actos de corrupción el nombre de tan honorable institución política? ¿Alguien les vio denunciar a los responsables de la represión como la que golpeó al movimiento ferrocarrilero en los años 50, o al de los médicos en los años 60, o de la masacre del 68, o de los genocidios de Acteal y de Aguas Blancas?

El ingeniero Heberto Castillo solía decir que la lealtad en el PRI tenía como norma el *"tapaos los unos a los otros"* como una forma de darse cobijo. Fue así que algunos de los que ahora conducen la izquierda institucional neopriísta y que hoy en día son considerados por sus seguidores -al estilo fundamentalista más perverso- como sus *"líderes morales"* guardaron silencio tras las matanzas del 2 de octubre de 1968 y del 10 de junio de 1970. Callaron porque eran parte del

sistema y aspiraban a llegar al poder. Así y desde el PRI conquistaron la gubernatura michoacana al inicio de los años 80. Por eso el exgobernador michoacano no opina nunca sobre los sexenios de Luis Echeverría y de José López Portillo.

Por todo ello, cuando los personajes del PRI y de otras instituciones nacionales se molestan por sentir que éstas sufren en su imagen un daño irreparable producto de las reprobables acciones que cometieron sólo algunos de sus hombres, deberían denunciarles para mostrar a la sociedad que la razón les asiste. Que sean ellos mismos los que digan quienes fueron, o quienes son y lo que hicieron. Que les expulsen (incluso postmortem) del partido. Pero para que no parezca sólo un acto más de demagogia, que les denuncien incluso ante las instancias judiciales correspondientes. De otro modo su silencio no sólo dañará la imagen de sus partidos. Les hará cómplices.

Para la revista Quehacer Político. Enero 20 de 2002.

Comentarios a trasquila@hectorcastillo.org